

Baiôa sin fecha de muerte

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Baiôa Sem Data Para Morrer*

En cubierta: © rawpixel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Rui Couceiro y Porto Editora, 2022

© De la traducción, Antonio Jiménez Morato

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-69-0

Depósito legal: M-11.744-2025

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Rui Couceiro

BAIÔA SIN FECHA DE MUERTE

Traducción del portugués de
Antonio Jiménez Morato

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A mi madre y a mi padre, puntos cardinales.
A Helena, rosa de los vientos*

«No se hace un libro sin esa rendición ante lo maravilloso en detrimento de la verdad».

VALTER HUGO MÁE

«No cabe duda de que la ficción es mejor para tratar la verdad».

DORIS LESSING

«La verdad no es solo lo que percibimos, a través de nuestros sentidos y nuestra inteligencia, sino también lo que podría haber sucedido y puede terminar sucediendo».

DOMINGOS MONTEIRO

«Sabemos que vamos a morir y que estaremos muertos tanto tiempo como el que no esperamos nacer».

MIGUEL ESTEVES CARDOSO

«Todas las historias, si se prolongan lo suficiente, desembocan en la muerte».

ERNEST HEMINGWAY

Polvo, recuerdos y fantasmas

Aquí quedan fijados los recuerdos y los fantasmas, a menudo, si no siempre, la misma cosa. Aquí queda registrado (¿hasta cuándo?) lo que solo fue vivido por un puñado de personas. Aquí se recoge el polvo de un pedazo de nada, que de otro modo sería poco más que cascotes de diferentes colores esparcidos por el marrón rojizo de esa tierra.

Mentira y verdad

Soy consciente de que a veces la gente miente porque le duele desperdiciar el potencial de una buena historia. Aún no sé si lo que ocurrió durante los diecinueve meses que viví en aquel pueblo sucedió realmente; aún no sé si los hechos que voy a relatar en estas páginas son el resultado de un encarcelamiento donde ciertos lugares parecen retener una parte de nosotros. Por otra parte, y dado que cuando en mi vida cotidiana menciono brevemente lo que voy a presentar aquí con más detalle, y de forma razonablemente organizada, a menudo me preguntan si se trata de historias verdaderas, permítanme dejar claro que no soy, ni pretendo ser, responsable de la definición de verdad de nadie. Lo que el lector puede dar por sentado es que los vi morir a todos.

Una aldea moribunda

Con la esperanza de que Dios o el Gobierno tomaran los extremos de aquella serpentina diabólica y tiraran de ellos en direcciones opuestas, alargando el asfalto roto y convirtiendo ese tormento en una carretera de verdad —una autopista a ser posible, una vía de paso más adecuada para el par del vehículo y la potencia de los coches modernos—, empecé a ver el final de la pendiente y, poco después, la primera recta después de demasiado tiempo, anunció, por indicación del GPS, que me acercaba a mi destino. Pude entonces dejar de maldecir y blasfemar tanto a nuestro señor como a la más devota de sus hijas, que es mi madre. La radio empezó a cantar en español, pero, aun así, en aquel momento, la vida dejó de parecerme tan pesada como un coche y tan sinuosa como la carretera que atravesaba esas serranías. Todavía sin saber que aquel momento habría de cambiar mi vida, apenas saqué los pies del coche para apoyarlos la calle, vi a un anciano y, junto a él, a otro anciano. O sea, no fue en ese momento cuando me di cuenta de que aquel era un lugar significativamente dado a lo inesperado.

Antes de eso, largas rectas habían desafiado a mi coche. Eran carreteras de tan solo un carril por sentido, embellecidas de vez en cuando por corredores de alcornoques que se inclinaban hacia los campos, por estrechamientos entre altísimos cipreses o por túneles de protectoras encinas (para identificar estas últimas tuve que recurrir a Google, lo admito). Quizá no fue en este primer viaje cuando aprecié realmente el paisaje arbolado, pero recuerdo de otros posteriores la visión, a través del retrovisor, de los árboles marchando en silencio al encuentro de su destino.

Durante los primeros momentos de aproximación a mi meta, tras abandonar la autopista, todo lo que veía me incomodaba. Tenía que prestar atención a la carretera en lugar de hacer lo que me apetecía, que era mirar el móvil. Pero enseguida, ya no estaba

tan impresionado y, unos segundos después, ni siquiera notaba sensaciones negativas. Pasé entonces a desear tener el móvil para registrar las cosas interesantes con las que me cruzaba. Hice fotos sobre la marcha y me detuve para registrar con meticulosidad lo que creía merecedor de esa dedicación. Aquella primera vez, antes incluso de reparar en Monsaraz, empecé a vislumbrar el gran lago, un coloso de agua encajado entre vaguadas y barrancos. Subí hasta el castillo y, con el teléfono móvil, disparé en distintas direcciones, hice fotos panorámicas y vídeos que colgué en las redes sociales, para convencerme así de que el viaje estaba mereciendo la pena. Eché un vistazo al pueblo, que es precioso, una especie de Óbidos alentejano, pensé, lleno de tiendas de productos típicos regentadas por franceses y otros europeos que no son nada tontos. Luego crucé el puente sobre el Guadiana y se produjo el primer contacto cercano, y refrescante solo por echarle un vistazo, con el embalse: una masa oceánica que había llegado sin saber que iba a tener que detenerse y que, obligada, había terminado por ocupar lo que no era suyo, en lugar de perseguir la promesa de poder entregarse al mar. En el futuro recordaría a menudo aquella prisión.

Mourão impresiona en la distancia, pero entristece al acercarse. El castillo, bellísima fortificación en forma de estrella, sagaz y atenta, se presentó más invadido por palomas y maleza que por cuidadores o visitantes que lo admiraran, que es lo que merece aquello que resiste —y quien resiste— a los siglos y a los hombres. La ciudad se levantó lejos de él, dejándolo olvidado en su nobleza. Dando a la carretera veo encinas y alcornoques secos, viejos fantasmas con brazos esqueléticos en ristre, que ofrecen buenas fotografías. En la primavera siguiente veré los campos cubiertos de caléndulas amarillas y, en menor medida, de caléndulas blancas. Dominantes, permiten, en brotes aislados, la presencia de otras flores silvestres cuyos nombres fui aprendiendo: la lavanda se llama *ramoninho*, que rivaliza en color con la mardreselva, aquí *chupa-mel*, la favorita de las abejas; también había, ocasionalmente, amapolas rojas. Grupos de astados, pachorros, aparecen echados entre los pastos, probablemente con la barriga llena. Otros, de pie, mueven la cola mientras mastican. Sus pieles son pardas, algunas beis. Fotografíe a los terneros que se acercan,

valientes o inconscientes. Las madres permanecen en alerta y me apuntan con sus cuernos.

Aquellos aires produjeron en mí un primer efecto lenitivo con sorprendente rapidez. Solo acostumbraba a mirar al cielo para saber si iría a llover, pero, en una de aquellas paradas para ver animales o paisajes, me vi extasiado con el viento que peinaba los árboles y las hierbas y no podía dejar de mirar el azul situado al fondo.

Aunque las carreteras no estén bien asfaltadas, los últimos kilómetros se hacen rodando sobre una serie de parches de asfalto alternados con baches que dejan ver las piedras de la calzada que hay debajo, cuando no la tierra embarrada. En el improbable caso de cruzarse con otro coche, uno de los dos tiene que echarse a un lado, como tuve que hacer yo para evitar un tractor, cuyo conductor tenía pocas ganas, al igual que yo, de quedarse atascado en una profunda zanja de tierra. Bajo un sol insoportable pasé por Mourão, Amareleja, Santo Aleixo da Restauração y, por último, Póvoa de Moutedo, hasta que, al fondo, tal como las recordaba, aparecieron, atravesadas por un río, las casitas blancas y bajas, con las tejas tostadas por el calor y el tiempo, ese que no se detiene en ningún sitio, pero que allí se atreve a ralentizar su marcha, y quizás por eso tardé más en llegar de Lisboa hasta aquella tierra perdida que si hubiera viajado en avión a Londres o París.

A un lado del río se encuentra la poco conocida Vila Ajeitada y, al otro, el pequeño pueblo sin historia ni tradición que responde al bonito nombre de Gorda-e-Feia y que me esperaba aquella tarde, ya que por norma no esperaba a nadie. Eclipsada por la población vecina, olvidada por el ritmo del mundo e indiferente al ajeteo de las ciudades y la tecnología, esta era la tierra de mis antepasados y sería mi lugar en el mapa en los meses venideros. Gorda-e-Feia, un topónimo que pocos conocerán, pero que solo sorprenderá a aquellos que nunca se hayan topado con otros de igual normalidad, como Afoga Asnos, Azinheira Amargosa, Bairro das Pilas, Bombom do Bogadouro, Brejo dos Gatunos, Casa das Trancadas, Casais da Gaita, Carne Assada, Coito da Espanadeira, Figueiras Podres de São João, Filha Boa, Fome Aguda, Foros da Pouca Sorte, Horta da Pilota, Jerusalem do Romeu, Malada do Monte dos Mortos, Moinho do Casita

da Vinha Pinheiro, Monte da Fome Negra, Monte dos Pinantes, Montijo do Pau Cabeludo, Pai Avô, Papa Toucinho, Património dos Pobres, Picilha, Rabo de Toureiro, Rebenta Boi, Rio Cabrão, Tapada da Marmelada, Telheira do Desvario, Totenique Rachado, Vaquinhas Fundeiras, Várzea do Tufo o Voz de Cadela.¹

En Gorda-e-Feia hacía tanto calor que enseguida empecé a vestir al modo alentejano. Era un calor que se desplomaba pesado desde el sol, pero emanaba también del suelo. Todas las piedras de basalto del pavimento estaban redondeadas, como si fueran grandes huevos oscurecidos por los rayos del sol y reblandecidos durante siglos por las suelas de los zapatos, las pezuñas de los animales y las ruedas de los vehículos, con motor y sin él, y vete a saber qué otras entidades, vivas o muertas. Imaginé que tal vez se había llegado a un acuerdo entre los encargados de realizar aquella obra pública y la entidad que controla la humanidad y el tiempo, de modo que unos se ocuparon de la parte estructural de la obra y otros de los retoques finales, quedando a cargo de estos últimos el acariciar las piedras de la calle durante muchos años hasta que el trabajo colectivo lograra el resultado que hoy puede verse en aquella minúscula aldea: un amontonamiento de blanco y tejas oscurecidas que jamás había interesado a novelistas o poetas, y al cual llegué el 9 de julio de 2015.

¹ Vila Ajeitada significa Villa Arreglada, Gorda-e-Feia sería Gorda-y-Fea, y la traducción de la lista de topónimos curiosos esta: Ahoga Asnos, Encina Amargosa, Barrio de Pililas, Bombón do *Bocadeoro* (esta es una broma de la región del norte, donde se dice que Mogadouro pasa a ser Bogadouro cuando uno se resfría), Pantano de Ladrones, Casa de las Trancadas, Pagos de Gaita, Carne Asada, Cuchillo del Penacho, Higueras Podridas de San Juan, Buena Hija, Hambre Aguda, Foros de la Poca Suerte, Huerta de la Estafa, Jerusalén del Romeo, Carrillera del Monte de los Muertos, Molino de la Casita de Viña Pino, Monte del Hambre Negra, Monte de los Rijosos, Montículo del Pito Peludo, Padre Abuelo, Papa Tocino, Patrimonio de los Pobres, Pilililla, Rabo de Torero, Revientabueyes, Río Cabrón, Coto de la Marmelada, Alfarera del Desvarío, Tótem Troceado, Vaquitas del Fondo, Vega del Montículo o Voz de Perra, o de Prostituta, o de Resaca. (*Todas las notas son del traductor*).